

La enfermedad humana en Solzhenitsyn

AGUSTÍN ALBARRACÍN TEULÓN*

En pocas ocasiones resulta tan imprescindible conocer la biografía de un autor para entender su obra literaria, como en el caso de Alexander Isayevich Solzhenitsyn. Comencemos, pues, por ella.

I. Nace Solzhenitsyn en Kislovodoks, en la Rusia meridional, el 11 de diciembre de 1918. Huérfano temprano de padre, de su madre, mujer educada y cultivada, recibe su formación primaria. Tras un matrimonio precoz, en 1940, con Natalia Reshetovskaya, se traslada a Rostov, en cuya Universidad se gradúa en Física y Matemáticas el año 1941. Realiza de inmediato un curso por correspondencia en el Instituto de Filosofía, Literatura e Historia de Moscú, y surge en él el ambicioso proyecto de escribir una gran historia de Rusia durante la I Guerra Mundial.

El mismo año 1941 —estamos en pleno conflicto bélico— se incorpora al ejército soviético como soldado. Un año más tarde se gradúa en una Escuela de Artillería, y sirve como oficial en la línea de fuego, hasta febrero de 1945. En este período recibe dos condecoraciones: la Orden de la Guerra Patriótica y la de la Estrella Roja.

Hasta febrero de 1945. Porque en esta fecha, siendo capitán en la Rusia oriental, es arrestado bajo la acusación de propaganda antisoviética, al serle interceptada correspondencia que cruza con un amigo, en la que ambos critican abiertamente la política de Stalin, y de modo encubierto hacen mofa del «Padrazo». En virtud del artículo 58 del Código soviético, es condenado a ocho años de prisión; pero aplicándosele también su párrafo 8.º, que alude a delitos de «grupos y organizaciones», se le agrega que, tras cumplir la condena, será deportado a perpetuidad. Ocho años, durante los cuales pasa de la Lubianka a una prisión industrial en las cercanías de Moscú, de aquí a un campo de trabajo stalinista y, más tarde, en los confines orientales de la inmensa Rusia, al campo de concentración y trabajo de Korlag, en Karaganda, y después a una mina en el Kazajistán septentrional. En esta etapa de cautiverio va ideando su libro *Un día de la vida de Iván Denísovich*, medita sobre lo que luego será *El primer círculo* y escribe un par de dramas —*El ingenuo* -y *la complaciente* y *El banquete de los vencedores*— así como buena parte de sus relatos *Miniaturas en prosa*.

Todavía en cautiverio, casi a su final, enferma de un tumor gástrico que le es operado en el mismo campo, y que al concluir la condena y ser deportado a Kazajistán meridional, en 1953, se le

* Profesor de Investigación del CSIC en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y Profesor de Historia de la Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid.

reproduce y, desahuciado por los médicos locales, le obliga a trasladarse en las vísperas del Año Nuevo de 1954 a un pequeño hospital, en Taskhent, donde es sometido a tratamiento radioterápico y hormonal, restableciéndose prontamente y confinándosele de nuevo, ahora en Kok-Ter.

Aquí trabaja como maestro, escribe *Fiesta de los vencedores* y comienza la redacción de *La casa de Matriona* y de *Un día de la vida de Iván Denísovich*. En 1956, el XX Congreso del Partido inicia el proceso de desmitificación de Stalin. Ello va a dar lugar a una revisión de causas en cuya virtud Solzhenitsyn es totalmente rehabilitado y, abandonando el destierro, se traslada a Ryazan, relativamente cerca de Moscú. Su vida se distribuye entre clases de Matemáticas y Física y la redacción de *Un día de la vida de Iván Denísovich*, que concluye en 1947. Durante el cautiverio, caso frecuente en la etapa, su mujer ha contraído nuevas nupcias y se ha divorciado de Alexander. No obstante, en Ryazan vuelven a contraer matrimonio, reanudando temporalmente su vida en común.

El XXII Congreso del Partido culmina, en 1958, la condena del período represivo stalinista y del culto a la personalidad. El momento es oportuno para intentar la publicación de *Un día de la vida de Iván Denísovich*, y las gestiones que la editorial de *Novy Mir* lleva a cabo ante Khrushchov permiten lograr el apoyo del dirigente y la aprobación del Presidium Supremo para la publicación de la novela. Mientras se lleva a cabo, Solzhenitsyn comienza a escribir *El Archipiélago Gulag*. En 1962, en las páginas de *Novy Mir* aparece *Un día de la vida de Iván Denísovich*. El éxito es inmediato. *Pravda* publica en el mes de noviembre un artículo, firmado por Vladimir Ermilov, que lleva por título «En nombre de la verdad y en nombre de la vida». En él se afirma que «ha surgido en nuestra literatura un escritor dotado con un raro talento. La novela de Solzhenitsyn —se dice— trae a veces a la memoria el poder artístico de Tolstoi en su descripción del carácter nacional». La propia agencia Tass envía a toda la prensa una biografía del autor titulada: «Un hombre nuevo en nuestra literatura». La Unión de Escritores Soviéticos, sin él pedirlo, le admite en su seno.

Un año más tarde, en 1963, se reedita dos veces consecutivas la novela, que alcanza tiradas de 750.000 ejemplares. Aparece también ahora *La casa de Matriona*, *Un incidente en la estación de Krechetovka* y *Por el bien de la causa*. La acogida es ya un tanto crítica. La apertura iniciada por el XXII Congreso del Partido ha dado lugar a una proliferación de escritos de denuncia del régimen stalinista —*No sólo de pan*, de Dudintsev, *Silencio*, de Bondarev— que preocupa al régimen y hace intervenir duramente a la censura. Por ello, cuando en 1964 *Novy Mir* proponga la obra de Solzhenitsyn para el Premio Lenin de Literatura 1964, la gestión fracasará y *Un día de la vida de Iván Denísovich* es eliminada, a favor de una obra mediocre de Honchar, *El cencerro*. Por ello también, ninguna editorial se atreve a publicar *El primer círculo*, que ha concluido asimismo el año 1964. A partir de 1966 su nombre es silenciado, su producción ocultada. Solzhenitsyn se traslada

**UN
HOMBRE
NUEVO**

**EL
SITUACIÓN
DIFÍCIL
CONELKGB**

a Obnisk, donde a su mujer se le ha prometido un puesto en el Instituto de Radiología Médica, que no se le llegará a conceder. No obstante, el matrimonio adquiere una pequeña dacha en las proximidades de la ciudad y allí comienza la redacción de *El pabellón del cáncer* y concluye una pequeña narración, *La mano derecha*, sobre el mismo tema.

Entre tanto, la KGB ha secuestrado el manuscrito de *El primer círculo* en Moscú. Solzhenitsyn concluye en el verano de 1966 la primera parte de *El pabellón del cáncer*, pero su publicación se va a ver dilatada y es discutida en el propio seno de la Unión de Escritores, con la presencia del autor. La obra, con *El primer círculo* y *Fiesta de los vencedores*, circula ahora en *samizdat* y es profusamente leída; Solzhenitsyn hace declaraciones públicas muy comprometidas contra la KGB. Ello hará que, a partir de ese momento, su situación en el país se vaya deteriorando: su carta de denuncia al IV Congreso de la Unión de Escritores, en 1967, da lugar a que se prohíba tanto la publicación de *El pabellón del cáncer*, cuya segunda parte se ha concluido ahora, como de *Archipiélago Gulag*, también acabado en ese año. Las copias de todas estas obras, que circulan dentro de la Unión Soviética en *samizdat*, traspasan las fronteras: en Alemania Occidental y en Inglaterra aparecen traducciones de *El primer círculo* y del *Pabellón del cáncer*, no se sabe si con conocimiento del propio autor, que escribe ahora, en 1969, el primer nudo de su trilogía histórica, *Agosto, 1914*, a la que deberán seguir *Octubre, 1916* y *Marzo, 1917*, todavía hoy en proyecto.

**EL PREMIO
NOBEL**

Para complicar su situación, en 1970 recibe el premio Nobel de Literatura, poco después de haber sido expulsado de la Unión de Escritores. No irá a Estocolmo a recogerlo y su discurso aparece en el Anuario de la Fundación Nobel dos años más tarde. Su vida se hace cada vez más difícil. Divorciado por segunda vez de su primera mujer, vuelve a casarse, ahora con Natalia Svetlona, con la que ya tiene dos hijos. La aparición de *Archipiélago Gulag*, en ruso, el año 1973, colma el vaso. Tras un proceso sumarisísimo es expulsado de la Unión Soviética en febrero de 1974, se instala en Zurich y viaja por los EE. UU., por Francia y por España, dedicando la mayor parte de su actividad a la literatura de denuncia. II. En la obra literaria de Solzhenitsyn es posible, por tanto, distinguir claramente dos etapas. La primera va a consistir en la conmemoración testimonial de su experiencia de cautivo. Externamente parece reiterativa. Sin embargo, en *El primer círculo* ha explicado el motivo: «Se ha observado, hace ya tiempo, que nuestra vida no entra en nuestra biografía en igual proporción para todos sus años. Cada persona tiene un período particular de la vida en que ésta se desarrolla de modo más pleno, en que ha sentido de modo más profundo y se ha expresado por entero a sí y a los demás. Ocurra lo que ocurra a continuación, aunque sea exteriormente importante, ya no será sino un declive; nosotros recordamos, exaltamos, entonamos y cantamos en muy diversos tonos el trozo de melodía que ha resonado solamente una vez en nuestra alma». Y él piensa, cito de nuevo textualmente, que sus

libros son «los gritos de su alma sobre todo aquello que estaba haciendo Stalin a millones de presos rusos».

Cabía el peligro de olvidar forzosamente, de ocultar el pasado por temor a la prohibición de hacerlo. Pero Solzhenitsyn, expresado quizá del mejor modo por su íntimo amigo el poeta Alexander Tvardovsky, el benemérito director de *Novy Mir*, puede decir que:

Están equivocados quienes piensan que la memoria no recuerda por sí misma, que las algas del tiempo enredarán todo el pasado, todo el dolor.

Que la tierra gira indiferente, midiendo días y años, y el poeta no tendrá que rendir cuentas cuando se oculta tras el fantasma de la prohibición y nada dice sobre aquello que quema su alma...

No, el deber le obliga ahora a revelar todas las no reveladas omisiones del pasado

De este modo, su vida cautiva va a ser sucesivamente recordada y denunciada en una serie de novelas: *El ingenuo y la complaciente* será el drama de su primera etapa en la prisión de producción; *El primer círculo* nos hablará, recordando a *La divina comedia*, de esos campos de trabajo o prisiones especiales para científicos y técnicos —la *scharaschka* en el argot de los^cautivos— «el primero y el mejor, el más alto círculo del Infierno...». *Un día de la vida de Iván Denísovich* nos traslada al verdadero infierno, a los campos de trabajo de la lejana Rusia Oriental, al límite ya con China, donde Solzhenitsyn pasó buena parte de su cautiverio. *La casa de Matriona* parece ser el idílico lugar de su primer destierro. *El Archipiélago Gulag*, en fin, será la recapitulación exhaustiva de todos los Gulag —siglas de la denominación soviética de la Dirección General de Campos de Concentración: *Glavnoye Upravlenie Lagueri*—, que tan plásticamente describe el autor: «Procúrese un extenso mapa de nuestra patria y extiéndalo sobre una mesa grande. Entonces dibuje puntos bien negros en el centro de todas las regiones, en todos los nudos de comunicaciones férreas, en todos los lugares de transbordo,"donde una línea férrea termina en un río, o donde un río forma un meandro y se inicia en éste un sendero... Pues bien, lo que tiene en sus manos es el pomposo mapa de los puertos del Archipiélago».

A esta primera etapa de rememoración testifical y denunciadora va a seguir otra, reflejo de su polémica y azarosa existencia a partir del éxito inicial de su obra, en la que Solzhenitsyn, abandonando el cultivo de la novela, se dedicará fundamentalmente al enfrentamiento dialéctico y político con el régimen soviético. Una segunda etapa, ésta, que a mi juicio conlleva el peligro de un mesianismo a ultranza que el propio autor apunta en su *Oración*:

¡Cuan fácil me resulta vivir contigo, Señor! ¡Cuan fácil me resulta creer en Ti! Cuando en la perplejidad, mi espíritu

**EL
RECUERSO
PERMANENTE
DE SU VIDA
CAUTIVA**

**CONTRA
EL RÉGIMEN
SOVIÉTICO**

SU PROPIA ENFERMEDAD

se oculta y desfallece,
y hasta los más inteligentes no ven
más allá de esta noche, ni saben lo que mañana
habrá que hacer,
desde lo alto Tú me envías la clara certeza
de que existes y velas para que
no se cierren todos los caminos del Bien.
Sobre la cresta de la gloria terrenal
arrojo una sorprendente mirada hacia el camino que
a través de la desesperación, me ha conducido aquí;
hasta este punto desde el cual puedo enviar también
a todos los hombres el reflejo de Tus rayos.

Y si es necesario que aún los siga reflejando, así
me lo darás a entender.

Pero si me falta el tiempo, será señal de que habrás asignado a otros tal misión.

Es la etapa, pues, de *Entre el autoritarismo y la explotación*, *Solzhenitsyn acusa*, *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética*, *Coces al aguijón*, *Alerta a Occidente*, *El error de Occidente*, *Lenin en Zurich*, etc.

III. Pero entre el cautiverio y la lucha política, la biografía de Solzhenitsyn nos ha mostrado una nueva experiencia en su peripetia vital: su propia enfermedad. Ya en *El Archipiélago Gulag*, así como en sus memorias, *Coces al aguijón*, nos narra tal experiencia. En tanto que concluía su octavo año de cautiverio, allá en el confín oriental de la Unión Soviética, «me tocó llevar dentro de mí —escribe— un tumor grande como el puño de un hombre. Ese tumor había hinchado y desfigurado mi vientre, me impedía comer, dormir, hacía constante su presencia». Un cirujano alemán, también prisionero, le intervino en el mismo campo de concentración, pero como Solzhenitsyn confiesa, entonces nadie pronunció ante él palabras tales como «tumor maligno» o «metástasis». El cirujano fue reexpedido a otro campo, e incluso Solzhenitsyn se libró del traslado, no por su enfermedad sino porque ya concluía su condena.

Una vez en el destierro, en el Kazajistán meridional, se reproduce el tumor, en el otoño de 1953: «Aquello tenía todo el aspecto de ser mis últimos meses —recordará luego—. En diciembre, los médicos, también compañeros de destierro, confirmaron que no me quedaban más de tres semanas de vida».

Sigamos escuchando al propio paciente: «Este fue un momento espantoso de mi vida: la muerte en el umbral de mi liberación, con la desaparición de todo lo que había escrito, de todo el sentido de lo vivido hasta entonces. Gracias a la peculiaridad de la censura soviética no podía gritarle a nadie de fuera, llamarlo: ¡venga, tome, salve lo que he escrito! Y además, ¿a qué ser extraño iba a llamar? Mis amigos también estaban en campos de concentración. Mi madre había muerto. Mi mujer se había casado con otro; con todo, la llamé para despedirme —hubiera podido llevarse los manuscritos— pero no vino!.. Por el Año Nuevo de 1954 fui a morir a Taskhent.»

¿Qué iba a hacer allí nuestro escritor? La respuesta requiere un breve excurso histórico. En el año 1867, tras la liberación de los siervos acaecida tres años antes, las deplorables condiciones sanitarias y económicas obligaron al Gobierno zarista central a procurar asistencia médica a tales liberados, estableciéndose así el denominado sistema *zemsvo*. Mediante fondos procedentes de los impuestos, los Consejos civiles provinciales contrataban médicos, construyeron modestos hospitales de distrito y organizaron una incipiente medicina preventiva. Ello sería un paso decisivo en la transición de la beneficencia feudal a la colectivización de la asistencia médica. En efecto, aprovechando el sistema *zemsvo*, la concepción marxista de la sociedad y del Estado soviético crea una asistencia sanitaria, bajo la dirección centralizada de un gigantesco Ministerio de Sanidad, en relación con el respectivo Ministerio de cada una de las quince repúblicas que constituyen la Unión. Cada una de estas repúblicas está dividida en regiones —*oblastos*— con una población que oscila entre uno y cinco millones de habitantes, que dispone de un centro hospitalario a cargo de un médico-jefe, responsable de los servicios sanitarios del *oblasto*.

Pues bien; a Tashkent, donde existe uno de estos hospitales regionales, especializado en enfermedades neoplásicas, fue trasladado Solzhenitsyn desde Kazajistán, para morir, según escribe, aunque «no llegué a morir (con mi tumor sumamente maligno e irremediablemente descuidado, es un milagro de Dios; no hay otra explicación. La vida que entonces me fue devuelta ya no es realmente mía)». Como muy bellamente escribe en otro lugar, sería «una fracción de vida extra, análoga al trozo de pan que se añade para completar el peso y que se clava al pedazo mayor con una ramita de pino; forma parte de esa ración, pero no deja de ser un trozo suelto».

Cautivo y enfermo; campo de concentración y hospital. Tal es la clave para entender la novela *Pabellón del cáncer*, en la que Solzhenitsyn expone ampliamente su vivencia de la enfermedad humana. Cautiverio y enfermedad, liberación y salud. He aquí dos bellos testimonios tomados de esta novela:

«Olog estaba excitado porque había hablado mucho y le habían prestado atención. Le embargaba y le envolvía la sensación de haber retornado inesperadamente a la vida, a esa misma vida de la que se creyó excluido para siempre semanas antes. Ciertamente que la existencia no le prometía nada de lo que se considera bueno y por lo cual se afanaban las gentes de aquella importante ciudad: ni vivienda, ni propiedades, ni éxitos sociales, ni dinero. Pero sí le ofrecía otras legítimas satisfacciones que no se había desacostumbrado a valorar, tales como el derecho a caminar por la tierra sin tener que esperar la orden de mando, el derecho a la soledad, el derecho a contemplar las estrellas no cegadas por los reflectores del campo de concentración, el derecho a apagar la luz por la noche y a dormir en la oscuridad, el derecho a descansar los domingos, el derecho a bañarse en un río...»

Y en la segunda parte de la novela, otra vez repetirá: «¿No pido una larga vida! ¿Qué me puede ofrecer el futuro? He vivido, pri-

**TRASLADADO
PARA MORIR**

**LA
DUALIDAD
ENFERMO-
CAUTIVO**

meramente, bajo la constante vigilancia de la escolta; después, siempre martirizado por los dolores. Ahora aspiro a una corta existencia, pero libre de la escolta y de los dolores, sin lo uno y sin lo otro a un tiempo... me conformo con regresar a nuestro rincón perdido... Se aproxima el verano y durante él quiero dormir en mi petate bajo las estrellas, para saber, al despertarme de noche, la hora que es guiándome por la posición de Cisne y Pegaso. Vivir así un solo verano, poder contemplar las estrellas no deslumbrado por los aletargados faroles; y después, nada me importaría no despertarme más...».

A la postre, Solzhenitsyn comulga con, Puschkin, para quien:

Llevamos dentro un siglo vil.
...¡En cualquier medio, el hombre es
un tirano, un traidor o un cautivo.

Y él, personalmente, y los seres humanos atenazados por la enfermedad, pertenecen al grupo tercero, el de los cautivos. Vamos a verlo en esta segunda parte de mi reflexión.

En primer término, la descripción del ambiente en que esta enfermedad se desarrolla: el hospital. De nuevo esa dualidad cautivo/enfermo en la mente de Solzhenitsyn.

«En las habitaciones, camas con equipo completo de ropa, y en cada cama un hombrecillo aterrorizado. Por la mañana, bollo, azúcar y té (el exceso consiste en que después viene él almuerzo). En las primeras horas del día, reconcentrado silencio, nadie debe hablar con nadie; por la tarde, en cambio, alboroto general y animada discusión: disputas por abrir y cerrar las ventanas, debates acerca de a quién le aguarda lo más halagüeño y a quién lo peor, o sobre la cantidad de ladrillos que tiene la mezquita de Samarkanda. Durante el día nos "sacan" de uno en uno para conversar con los superiores —obsérvese el lenguaje "carcelario" del escritor—, para tratamiento, o para recibir a los familiares que llegan de visita. Ajedrez, libros. Paquetes que llegan y los destinatarios revientan de gozo con ellos... A veces efectúan registros y te despojan de tus pertenencias personales, viéndote obligado a ocultarlas y a luchar por el deseo de pasearte. El baño, gran acontecimiento, y al mismo tiempo una calamidad.» Y así sigue el relato, a cuyo final el propio autor se pregunta: ¿Se trata de una cárcel de tránsito? ¿De una prisión preventiva? No, es simplemente la descripción del género de vida —habla de nuevo Solzhenitsyn— que «desde hace cinco semanas aguanto en el pabellón de cancerosos. Nada me dicen sobre cuándo me darán de alta, nada me prometen. Por lo visto, según las reglas de la medicina, deben exprimir al paciente todo lo exprimible, para dejarlo ir únicamente cuando su sangre ya no pueda asimilar nada».

Pues bien; en este ambiente ¿qué es la enfermedad para Solzhenitsyn? Tres niveles distingo yo en su consideración por parte del soviético: el de la enfermedad *en sí*, el de la enfermedad *en mí* y, por fin, el de la enfermedad *mía*. Veámoslos, siguiendo la permanente lección de Laín, subyacente a toda esta exposición. 1) *La enfermedad en sí*. Atenidos pura y llanamente al hecho

abstracto de la enfermedad, las páginas de Solzhenitsyn nos ofrecen un amplio catálogo de nombres de enfermedades: escarlatina, gota, asma, úlcera duodenal, gonorrea, sífilis, chancro blando, lepra, tuberculosis, disentería, tifus exantemático, meningitis, pólipos, escorbuto, pelagra... y, por supuesto, sobre todo cáncer —cáncer de labio, cáncer de laringe, cáncer de lengua, tumor de células gigantes, sarcoma, melanoblastoma, teratoma, linfogranuloma, mieloma, neuroblastoma, hipernefoma, seminoma. Pura y simple denominación de procesos patológicos, cuya descripción detallada pero impersonal llega en ocasiones a los mejores testimonios de la tradición naturalista de la novelística rusa. He aquí un ejemplo:

«Lo que la pantalla no puede captar nos lo describirá lenta y detalladamente la prosa; sabrá hacernos distinguir esos matices de camino hacia la muerte que se llaman escorbuto, pelagra, distrofia. El hombre muerde un trozo de pan y deja rastros de sangre: es el escorbuto. Más tarde, sus dientes van a empezar a caer, se pudrirán sus encías, sus piernas se cubrirán de úlceras y los tejidos se le irán desprendiendo a pedazos; su cuerpo empezará a oler a cadáver, y sus piernas quedarán paralizadas por gruesas protuberancias. A esa gente no la admiten en el hospital, y se arrastran a cuatro patas por la zona. El rostro que adquiere una tonalidad oscura y que comienza a pelarse, y una diarrea imposible de detener, son síntomas de pelagra. Para luchar contra la diarrea, algunos comen cal, tres cucharadas diarias; otros dicen que si se come arenque en cantidad se logrará conservar algún alimento en el cuerpo. Pero ¿dónde encontrar arenques? El enfermo se debilita cada vez más, y mientras más fornido es, más rápidamente se verifica el proceso. Llega un momento en que ya ni fuerzas tiene para encaramarse a su tarima, en que no puede pasar por encima de una piedra: deberá levantarse él mismo la pierna con ambas manos o franquear el obstáculo a cuatro patas. La diarrea deja al hombre sin fuerzas y sin interés hacia los demás, hacia sí mismo, hacia la vida. Lo vuelve sordo, idiota, incapaz de llorar aun cuando lo arrastren por el suelo atado a un trineo. Ya no teme a la muerte, como si planeara en el limbo, más allá del bien y del mal; no recuerda los nombres de su mujer, de sus hijos, el suyo propio. A veces, el moribundo de inanición se cubre de pústulas negroazuladas, del tamaño de un guisante, con una puntita purulenta más chica que la cabeza de un alfiler; esas pústulas invaden todo su cuerpo, el rostro, los brazos, las piernas, el tronco, hasta los testículos. No se las puede ni tocar, el dolor es insoportable. Los pequeños abscesos maduran, revientan, expulsan un cordoncillo de pus espeso parecido a un gusano. El enfermo termina pudriéndose en vida.»

O bien la descripción impersonal, referida a las metástasis neoplásicas, adquiere brillantes tonos metafóricos, como los siguientes: «¿Había alguien, incluidos los médicos, capaz de detectar si esas solitarias y nefastas celullillas navegaban ya, cual lanchas de desembarco, en la oscuridad y dónde irían a atracar.» O bien: «Las metástasis destruían las defensas como si fuesen tanques»...

El hombre... esa gente... algunos... el enfermo, el moribundo... Primer grado de la enfermedad.

**LAS
VIVIENCIAS
DÉLA
ENFERMEDAD**

2) *La enfermedad en mí.* En un segundo momento, Solzhenitsyn va a pasar de la mera descripción *impersonal* de la enfermedad, a los caracteres de la misma cuando asienta ya en un ser humano determinado. Fenoméricamente entonces, la enfermedad se va a mostrar ahora, primariamente, como dolor somático, como dolor físico: «Azovkin—una persona determinada— padecía igual que ayer. Posiblemente se había pasado la noche sin dormir. En el alféizar de la ventana y en la mesilla veíanse esparcidas sus cosas, y el lecho estaba revuelto. Le transpiraban las sienes y la frente, y su amarillento y crispado rostro reflejaba los dolores in ternos que sufría. Ya se ponía en pie, apoyándose con los codos en los barrotes de la cama, y permanecía así doblado, ya se aferraba al vientre con ambas manos y se acostaba boca abajo». Igual Kostoglotov, la persona humana Kostoglotov: «¡Vine aquí para mitigar mis sufrimientos! Entonces les dije: "Siento terribles dolores. ¡Ayúdenme!"». El descriptor traslada ahora la realidad de la enfermedad, del plano abstracto del en sí, al concreto del en mí.

3) *La enfermedad mía.* Pero no es la expresión somática del dolor lo que nos interesa ahora sino, en un plano más profundo, la vivencia que, de su propia enfermedad, tiene el ser humano. Quiere decir, que lo que ahora vamos a considerar es el hecho de que la enfermedad humana, además de estar en mí es mía, forma parte de mi vida, de mi responsabilidad moral, de mi conciencia, a la postre, de mi libertad. Por ello no se trata de señalar el dolor, o la náusea, o el vómito, sino de penetrar la entraña última de la persona humana, tratando de esclarecer, desde su intimidad, su sentimiento de la propia enfermedad. Pienso que Solzhenitsyn lo ha logrado muy finamente, a través de su propia experiencia de enfermo-cautivo, o trasladando ésta a sus personajes de ficción. Y pienso que estas vivencias íntimas de la enfermedad humana pueden reducirse a una serie de epígrafes indicativos, positivos unos, negativos otros. Comencemos por los últimos.

Para Solzhenitsyn, la vivencia de la propia enfermedad se expresa, negativamente, como soledad, como incompasión, como desesperanza, como aniquilamiento vital.

a) *Soledad.* La enfermedad aísla, impidiendo de una parte el trato normal con otros hombres, clavando de otra la atención del enfermo en sentimientos penosos que sólo él puede padecer.—Se trataría, en expresión de Lafín, de la «succión por el cuerpo», obra de la misma enfermedad. Vengamos a Solzhenitsyn. Ya en las primeras páginas de *El Pabellón del cáncer*, Rusanov, el hombre del régimen sobre el que pesan actos delatores que le encumbraron un día, siente que su existencia entera, su piso, su familia, han quedado *al otro lado del tumor* que padece. «A este lado, repite, Pavel Nikolaievich. Solo». E incluso, con expresión muy feliz, indicativa de esta soledad inevitable, agregará: «Sentía punzadas bajo el cuello; y el tumor, sordo e indiferente, removíase tabicán dole el mundo entero».

b) *Incompasión.* Utilizo la expresión en su sentido más fuerte. Porque la enfermedad no permite ser compartida. Y quizá esta soledad sea más dramática aún, por cuanto necesariamente los

enfermos existen, en el hospital, conviviendo. «¡Eres un miembro de la colectividad! Y es cierto. Por otra parte, el tumor asienta sólo en él, no en el conjunto de la colectividad». La enfermedad, en efecto, no puede ser com-padecida por los demás. ¡Bien lo entiende el delator Rusanov, cuando piensa que «allí, entre el maxilar y la clavícula, estaba su destino... Y ante él, no contaba con amigos influyentes, ni con antiguos méritos, ni con defensa alguna». Ha escrito Laín que la enfermedad prepara al enfermo para dar por sí solo cuenta de su vida. En el pabellón del cáncer figura, a la entrada de la sala, un cartel en que se ordena: «¡Pacientes, no comenten unos con otros sus enfermedades!». No hacía falta pedirlo: «Por parte de sus compañeros —denuncia Solzhenitsyn— no podía oír nada que fuera una ayuda para él, ni tampoco en las otras salas, ni en los pasillos, ni en el piso superior, ni en el inferior. Todo estaba dicho, aunque no lo que importaba». Como ha escrito Osvaldo Loudet, el fino argentino no hace mucho desaparecido, el dolor somático «es el dolor de cada uno». No es posible la compasión. No es posible la comunicación trascendente. Se trata de una soledad metafísica, de esa de la que Jaspers nos dice que siempre será imposible hablar; de esa soledad del que se siente «solidariamente solitario» o «solitariamente solidario», en expresión de L. Aranguren.

c) *Desesperanza*. La enfermedad limita, no sólo en el no-poder-ser, también en el no-poder-esperar, lo que Laín acuñó técnicamente con el nombre de *diselpidia*. El enfermo, además de no poder hacer, no puede tampoco esperar, pierde interés por la vida, se limita. «Hubo un filósofo que afirmó —escribe Solzhenitsyn— que si el hombre no padeciese enfermedades no conocería sus propias limitaciones». Una limitación, esto es lo que ahora importa, de lo que de la vida se espera; esa limitación que sufre la doctora Dontsova al enterarse de que también ella padece un cáncer, y que «en un solo día... (la obliga) a renunciar a cuanto representaba su vida y, en adelante, convertida en demudada y cetrina sombra, se atormentaría sin saber, durante un plazo prolongado, si todo ello culminaría con la muerte o con el retorno a la vida».

d) *Aniquilamiento vital*. Llamo así a esa sensación terrible de imposibilidad vital, que hace caer al enfermo en la sima sin fondo del anonadamiento. Es vivencia más propia de la juventud que de la edad madura, y así la expresa Solzhenitsyn en la adolescente Asya, a quien deberán extirpar un pecho. La joven llora, se desespera, se pregunta para qué seguir viviendo, quién podrá quererla en el futuro, y ante la presencia amiga de otro joven enfermo que perderá su pierna, Diomka, tiene lugar esta bellísima y conmovedora escena:

«Por la mente de Asya, insufriblemente dolorida, fueron desfilando los más variados modelos de trajes de baño: con tirantes y sin ellos; los de una pieza y los de dos; las modas actuales y las venideras; los bañadores anaranjados y los azules; los de color frambuesa y los de color de las olas marinas; los de un tono y los rayados; los ribeteados con cenefa, que nunca había llevado pero que se había probado ante el espejo, y todos cuantos trajes de baño

**SIN
INTERÉS
POR LA
VIDA**

**NO
SOLO
VIVENCIAS
NEGATIVAS**

ya no compraría ni vestiría jamás. Justamente esa limitación que se imponía a su existencia, esa imposibilidad de volver a pasear por una playa, constituía para ella en aquel momento lo más fascinante, lo más afrentoso. La única razón por la que la vida perdía todo sentido».

Y sigue el relato. «Abrióse la bata... separó el amplio cuello del camisón y por él se abrió paso su sentenciado seno derecho.

¡Relumbró como el sol que hubiera entrado de lleno en la estancia! Esta se inundó por completo de luz y esplendor. La areola del pezón —mayor de lo que Diomka se figuraba— brotó ante él, y sus ojos se rindieron ante su rosado cegador.

¡Bésalo! ¡Bésalo! —exigía.

¿Lo recordarás? ¿Te acordarás de que ha existido? ¿De cómo era?

Hoy aún era un prodigio. Pero mañana lo arrojarían al cesto». Pienso que sobran los comentarios.

Mas no sólo vivencias negativas. La enfermedad puede ser al tiempo motivo de decisiones positivas. Algunas veo yo en la obra del soviético: la autodefensa, el contraproyecto, la prueba, la espera, sea confiante o defiante su talante.

a) *Autodefensa*. El propio dolor de la enfermedad, la imposibilidad misma de comunicarlo y de que sea compadecido, provoca en el enfermo a veces una reacción defensiva que intentará paliarlo avivándolo en los otros. En el pabellón del cáncer una figura, en principio abyecta, atemoriza a los recién ingresados, asegurándoles que tienen cáncer, que jamás saldrán del hospital o que, de hacerlo, inevitablemente retornarán para morir en él. ¿Se trata de un mal nacido? Más bien es esa reacción defensiva a la que antes aludía, y que explica que «Yefrem Podduyev no podía seguir en gañándose, y no se engañó. Admitió que padecía cáncer. Ahora, pretendiendo la igualdad, quería convencer a sus compañeros de sala de que allí no se escapaba nadie, de que todos volvían de nuevo. No es que disfrutase amilanando a las personas y oyendo sus gruñidos, pero que no mintiesen, que se enfrentasen con la verdad».

b) *Contraproyecto*. Dentro de la esfera de «lo mío» en la que ahora nos movemos, es evidente que mi cuerpo, en cuanto mío, es el momento de mi realidad, que me exige y me permite ser en el mundo, que me permite vivir «en proyecto». La enfermedad, por el contrario, con su invalidez parcial, con su vivencia de un «yo no puedo», echa por tierra esos proyectos; es más, explica Solzhenitsyn, tiene «su propio proyecto». Nada más evidente en tal sentido que la figura de Vadim, el joven y prometedor estudiante de ciencias geológicas que proyecta la realización de una Tesis Doctoral en la que se muestre la posibilidad de encontrar yacimientos a través del análisis de las aguas minerales. Un tumor de rápida propagación, un melanoblastoma, acaba con su proyecto. ¿Qué hacer ahora? «Sí, Diomka —le expresa el autor—. Significa que yo ya lo he aceptado. No siempre vive más el que más largo tiempo vive. En cuanto a mí, el problema se reduce a lo siguiente: ¿qué puedo hacer en el tiempo que me queda?». Ante el proyecto de la

propia enfermedad, que anula el suyo primitivo, un contraproyecto que le impele —escribe Solzhenitsyn— a entablar «una porfiada competencia con el futuro tumor para demostrar quién llegaba antes a su meta. Pero era una pugna a ciegas por su parte...; se enteró de que el melanoblastoma es mortal, que raramente viven un año quienes lo padecen... Pues bien: como les ocurre a los cuerpos que alcanzan velocidades cercanas a la de la luz, su *tiempo* y su *masa* —en la expresión aflora el físico Solzhenitsyn— no eran ya como los de los otros cuerpos, como los del resto de la gente; su tiempo había aumentado en capacidad y su masa en penetración. Para él, los años habíanse reducido a semanas y los días a minutos».

c) *Prueba*, No voy a aludir aquí a la actitud cristiana, tan patente por ejemplo en Pascal, de la interpretación de la enfermedad, de su «buen uso», como ocasión de alcanzar mérito o caer en demérito. Hay una frase extraña en *El pabellón del cáncer*, en el momento en que la citada doctora Dontsova descubre su cáncer: «¿Por qué tamaña injusticia? ¿Por qué precisamente a mí, a un oncólogo, ha tenido que atraparme una enfermedad oncológica, conociendo como las conozco todas, cuando sé los efectos que las acompañan, sus consecuencias y complicaciones?». «No hay tal injusticia —le responde su viejo maestro—. Todo lo contrario. Es justo en sumo grado. La mejor prueba a que puede ser sometido un médico es el padecimiento de las enfermedades en que está especializado». ¿Por qué esta sibilina respuesta?

Pienso que el propio Solzhenitsyn, acaso sin saberlo, nos ofrece la clave de esa afirmación. La doctora Dontsova, angustiada, recuerda cuántas veces, tras el examen radiológico, «los enfermos esperaron su decisión, una decisión basada siempre en el raciocinio, en cifras, y que constituiría una deducción lógicamente concebida y comprobada. Pero, en verdad, ¡cuánto horror contenía esa corta tregua!». Ahora reconoce que sí, que para ella, «existían la oncología y la patogenia, los síntomas, el diagnóstico, el curso de la enfermedad, los tratamientos, la profilaxis y el pronóstico; pero la resistencia, las dudas y los temores de los enfermos —aunque comprensibles como debilidades humanas y capaces de inspirar la compasión del médico—, puestos en balanza con los métodos no eran sino ceros a la izquierda para los que no había cabida en la cuadratura lógica». Y de repente, todo se le transforma en algo ignoto y horrible. «¡Jamás imaginé que sufrieran así!», acaba por reconocer. «La mejor prueba a que puede ser sometido un médico es el padecimiento de las enfermedades en que está especializado». Ahora lo vemos claro: sólo cuando el médico, la persona del médico, vive en su propia carne el *mysterium doloris*, sólo entonces será capaz de lograr la comunión con la persona del paciente, fundiendo la relación transferencial y la relación amistosa —sigo a Laín— en la realidad óptica de la vinculación interhumana. La enfermedad como prueba. ¡Qué interés tendría una reflexión acerca de lo que sucede cuando la comunicación entre médico y paciente no es la de una «persona capaz de prestar ayuda técnica» y una «persona doliente», sino la de dos «personas enfer-

LA ENFERMEDAD COMO PRUEBA

mas y menesterosas», precisadas ambas de ayuda técnica, a la par que una de ellas viene obligada a prestarla simultáneamente. Algo nos anticipa Solzhenitsyn: la doctora Dontsova, sometida a prueba, «auscultaba, prescribía, daba instrucciones y observaba al enfermo con mirada falsamente sagaz, mientras el frío la recorría la espalda porque ya no le era permisible dictaminar sobre la vida y la muerte de los demás, porque al cabo de varios días, yacería en la cama de un hospital, tan desvalida y trastornada como aquellas enfermas...».

d) *Espera*. No quedaría completa esta visión de la enfermedad humana en Solzhenitsyn sin aludir a otra vivencia que su presencia suscita, entre las positivas hasta ahora citadas. No todo es desesperanza en los personajes del autor soviético. También ellos saben esperar, siquiera a veces en esa espera predomine la vivencia de inseguridad. ¿Qué esperan los enfermos del pabellón del cáncer? Por de pronto, la curación de su enfermedad, posibilitada por la presencia de los médicos y por la tecnificación de la medicina: radioterapia, hormonoterapia, quimioterapia —las páginas de la novela están pobladas de nombres como sinestrol, ambiquina, analguin, oro coloidal, tezán, pentaxil—. Pero la realidad de cada jornada limita la amplitud de tal espera: si la curación no es posible, al menos una supervivencia razonable —«Por mucho que vivas, y aunque tu existencia sea la de un perro, no deseas, de todos modos, acabar»— Y aún menos esperan: una pequeña prórroga de la existencia. Recordemos las palabras de Kostoglotov-Solzhenitsyn: «¡No pido una larga vida!... Aspiro a una corta existencia...».

SURGE UNA NUEVA ESPERANZA

Algo más esperan los desesperanzados del pabellón del cáncer. Brotando de la propia inseguridad de lo que se espera, en el ámbito de lo misterioso, de lo creencial, surge una nueva esperanza. «Todos anhelaban conocer al médico-prodigio, la medicina desconocida por los médicos de la clínica... En algún lugar tenía que existir el médico, el herbolario, la vieja curandera que podía salvarles... Por mucho que nos burlemos de los milagros cuando estamos fuertes y sanos y disfrutamos de prosperidad, en cuanto la vida se resquebraja y se desmorona de tal modo que únicamente un milagro puede salvarla, ¡depositamos nuestra fe en ese mero y exclusivo milagro!». Como escribe el propio autor, «Al fin y al cabo, ¿qué ciencia puede prohibirnos tener fe?».

Esta espera ya no es confiante; es una espera defiante que acabará ante la muerte. ¿Faltará en los pacientes del pabellón del cáncer, en los protagonistas de Solzhenitsyn, la esperanza genuina, trascendente e incalculable para Gabriel Marcel? «¡Quedaré de mí algún fragmento, ¿no cree?» —pregunta al agonizar Shulubin, un viejo profesor envilecido por el temor a la represión—. ¿Qué es lo que espera? «A veces —se responde— siento netamente que en mí no sólo reside mi yo. Que existe también algo más, algo indestructible, sublime. Cierta minúsculo fragmento del espíritu universal». Es evidente un trasnochado panteísmo en esta expresión, en la que la relación del hombre con la divinidad se identifica con la relación *del hombre con la naturaleza. ¿Que será ese algo indestructi-

ble? Acaso lo que Solzhenitsyn expresa con la frase de que «la razón suprema (de la existencia) se centra en la aptitud de cada cual para conservar límpida, inmutable e inalterable la imagen de la eternidad que reverbera en la mente de cada individuo». La falta de sentido de trascendencia impide morir a los condenados del pabellón del cáncer con una esperanza genuina e incalculable, como pedía Gabriel Marcel. Sólo en un libro más reciente, en *Agosto, 1914*, he encontrado un atisbo de esa religiosidad, en una espléndida frase puesta en boca del general Samsonov: «La oración cotidiana, matinal y vespertina, mascullada rutinaria y precipitadamente, mientras se «está pensando en los asuntos que urgen, es tanto como el lavarse vestido y echándose a la cara el agua que cabe en el cuenco de la mano: un poco de limpieza que casi no se percibe. Pero la oración ensimismada, ofrendada, la oración como sed, cuando es imprescindible prescindir de ella y nada la puede reemplazar, esa oración... transfigura y fortalece siempre». «La oración como sed». Quien así la viva y sienta, ¿dejará de dar sentido trascendente al momento de la muerte?

Conclusión. La clave para el cabal entendimiento de la obra de Solzhenitsyn, al comienzo de mis reflexiones lo decía, es su permanente dualismo entre cautividad y enfermedad. Bien expresivamente lo pone en boca de su personaje más representativo al respecto, Kostoglotov: «...el prisionero Kostoglotov, habiendo cumplido con la obligación y con el castigo que la sociedad tuvo a bien imponerle (cautiverio) y habiendo padecido los tormentos que la enfermedad quiso aplicarle, había muerto en enero». Los vocablos utilizados para definir sus vivencias de la enfermedad —soledad, incompasión, desesperanza, aniquilamiento, autodefensa, contraproyecto, prueba, espera esperanzada, desesperación, muerte— ¿no son igualmente aplicables a las experiencias del Shujov protagonista de *Un día de la vida de Iván Denísovich* o de cualquier otro de sus personajes cautivos? Sala hospitalaria y celda, pabellón del cáncer y campo de concentración, enfermedad y cautiverio: así debemos entender, para entenderlo bien, el sentido que la enfermedad humana tiene en la vida del enfermo y cautivo Alexander Isayevich Solzhenitsyn.

